

permanecian en medio del enemigo seguidos apenas de una tercera parte de sus tropas próximos á morir ó á quedar prisioneros. Los clarines del general Neri habían comenzado á tocar dianas, cuando de repente se conmueve todo el campamento con la presencia del general García de la Cadena seguido de sus trescientos ginetes que llegaron como una avalancha acuchillando el flanco derecho del enemigo. En esos momentos apareció también toda nuestra División serpenteando por sobre las inmediatas colinas las cuales estaban perfectamente iluminadas por los últimos rayos del sol que marchaba á su ocaso.

Entonces ya no fué posible al general Neri ni á los suyos contener la desmoralización de sus tropas que empezaron á desbandarse en todas direcciones, dejando en el campo su artillería y sus municiones.

El general Tolentino huyó á Zacatecas perseguido por la caballería de García de la Cadena y el valiente general Neri quedó herido en el lugar del combate cayendo prisionero con otros muchos de sus compañeros que prefirieron rendirse.

He aquí como la batalla de Mata Pulgas, que llegó á ser en ciertos momentos una derrota para nuestra causa, se convirtió en menos de diez segundos en la mas espléndida de las victorias, habiendo bastado presentarnos á la vista oportunamente para que se inclinara á nuestro favor la suerte de las armas.

retaguardia nosotros tomamos que saliese por el flanco izquierdo que no se escapara ninguno. La compañía era buena pero nuestra tropa resentida por la fatiga, nuestros mismos caballos se quedaban inermes por el camino de cansancio. Los jinetes corrieron un modo vertiginoso abandonado por el camino las carabazas, carros de parque, cañones y cuanto llevaban, logrando a fuerza de correr ponerse fuera de nuestro alcance.

Entramos al día siguiente á Zacatecas y ya se cuentan allí noventa y tres mil soldados, sino son los generales Barrios y Escobedo que se habían retirado del campo del combate envueltos por la dispersión de sus tropas. El general Barrios había llegado refrendado el gobierno de Zacatecas para continuar.

CAPITULO XXII.

DESPUES DE LA VICTORIA.

Llegamos por fin casi anocheciendo al lugar en donde se había librado el combate, despues de las evoluciones de por la tarde que tanto sirvieron para desmoralizar al enemigo, y mientras establecieron allí el campamento, el general García de la Cadena seguía persiguiendo á Tolentino que huía despavorido, como en otras varias veces, con los restos de la fuerza federal que solo obedecian al desbandamiento.

El general Donato Guerra ocupó la plaza de Zacatecas al siguiente dia sin ninguna dificultad, en tanto que nosotros hacíamos una marcha forzada para interceptar el camino de Aguascalientes por el cual iba el gobernador juarista con una pequeña fuerza que custodiaba un convoy de guerra. Mientras que García de la Cadena daba alcance á los fugitivos por la

retaguardia, nosotros teníamos que salirles por el frente para que no se escapara ninguno. La combinación era buena, pero nuestras tropas resentían mucho la fatiga, nuestros mismos caballos se quedaban muertos en el camino de cansancio, los juaristas corrían de un modo vertiginoso abandonando por el camino mulas cargadas, carros de parque, carretelas y cuanto llevaban, logrando á fuerza de correr ponerse fuera de nuestro alcance.

Entramos al día siguiente á Zacatecas y ya se encontraban allí no solo los jefes victoriosos, sino aun los generales Barrios y Escudero que se habían retirado del campo del combate envueltos por la dispersión á una larga distancia. El general Barrios había llegado reclamando el gobierno de Zacatecas, para cuyo encargo le había designado el general Guerra al abrirse la campaña, con una de esas autorizaciones de estampilla en tales ocasiones, y este se había visto obligado á tener que cumplir aquel incierto compromiso.

El general Barrios, que según entiendo era duranguense y allí había hecho su carrera militar, recibió con disgusto de todos el gobierno de Zacatecas.

El primero que vió esto muy mal fué el general García de la Cadena, y después de él todos los demás zacatecanos que nos acompañaban, entre los que se encontraban el Señor Trinidad García que fué entonces uno de nuestros agentes más eficaces y quien se había encontrado en el combate de Mata Pulgas cumpliendo con una comisión que le había con-

fiado el general Pedro Martínez. Por esa circunstancia y porque teníamos más confianza en las dotes de prudencia y honradez de D. Trinidad García, convenimos el general Martínez y yo en secundar los deseos de los zacatecanos.

Hablamos en este sentido al general Guerra y nos contestó:

—Yo no quiero que haya disturbios entre nosotros ni abusar de mis prerogativas de primer ocupante de esta ciudad.....

—El que la ocupó primero persiguiendo á Tolentino, observó Martínez, fué García de la Cadena.

—Y no permaneció aquí sino que mis fuerzas fueron las que ocuparon la plaza; pero eso no importa y es precisamente el cargo que quiero eludir. No me agradaría que García de la Cadena fuera á pensar, atendidos los antecedentes que hay entre nosotros, que yo pretendo usurparle el Estado de Zacatecas implantando aquí una política exótica. El caso es que Barrios está nombrado, que lo estuvo desde antes de saber que llegaría á incorporarse con nosotros García de la Cadena y que ya tiene recibida la orden de encargarse del gobierno.

—Barrios está herido á estas horas y no puede hacer nada en el gobierno.

—Ya lo sé, pero con todo y eso he querido que se le cumpla, no una simple promesa, sino el hecho de habersele expedido en campaña su nombramiento.

—Pues el caso es que toda la población se queja y

que nosotros representamos aquí á muchos comerciantes y á otros varios zacatecanos distinguidos.

—Ya sé que Barrios no es popular.

—Entonces.....

—Entonces vds. arreglan este negocio como gusten empleando el tacto y la prudencia que les son conocidos.

—Gracias.

Y despues de salir de allí nos fuimos á la casa que ocupaba Barrios, quien estaba en el lecho, no tanto porque su herida fuera muy grave, cuanto por estar esperando á la capa el chubasco que ya sospechaba iba á venirle encima.

Le espusimos cuan conveniente era que renunciara á aquel gobierno que iba á causarle tantos disgustos, consiguiendo que nos dijera, despues de oir nuestros razonamientos que fueron varias veces turbados por exclamaciones de cólera:

—Está bien, solo porque son vds. los que me piden esto voy á darles gusto, haciendo gran sacrificio de mi amor propio. ¡Ah! si no fueran vds... En fin.....

Luego pidió una hoja de papel y con algun trabajo, auxiliándose de una mesita pequeña, escribió sobre de la cama su renuncia al gobierno de Zacatecas.

Al dia siguiente D. Trinidad García, que fué la persona indicada por García de la Cadena, recibió aquel gobierno que no podía decirse que tuviera echados muy fuertes cimientos. Este nombramiento fué muy aplaudido por los liberales y gentes bien intencionadas de Zacatecas.

ALGUNAS CAMPAÑAS

Una vez organizado el gobierno se procedió á la cuestion esencial de los recursos. El general Guerra tenia excelente crédito en la plaza y pudo sacar unos ochenta ó cien mil pesos, de los que nos participó lo que creyó que bastaba para que pudiéramos hacer un reparto á nuestras tropas. Hacia mas de un mes que no le veiamos la cara á un peso y que los mismos oficiales comiamos rancho por la absoluta escasez de fondos.

Una vez que fueron repuestas las bajas que habiamos tenido en aquellas marchas trabajosas á que antes me he referido, y luego que tuvimos aquel desahogo de recursos, espusimos al general Guerra la necesidad que teniamos de movernos sin dilacion. Era el momento oportuno de dirigirnos sobre S. Luis cuya guarnicion estaba muy desmoralizada con el triunfo alcanzado por la revolucion en Mata Pulgas.

Convino en que no solamente era oportuno sino indispensable hacer aquel movimiento para apoderarnos de los elementos que nos faltaban para adquirir un triunfo definitivo, pero como él todavia no podia moverse por tener que terminar algunos arreglos, nos alcanzaria en Salinas del Peñon en donde probablemente se nos incorporarian las fuerzas de Treviño que al fin se habian movido para el interior.

En estos momentos en que nos disponiamos á marchar, llegó á Zacatecas un pergonage que seguramente iba á imprimir un impulso nuevo y diferente á la revolucion. Fué aquella una sorpresa para todos

nosotros, porque seguramente era la persona que ménos aguardábamos: D. Justo Benítez.

Todos, repito, quedamos muy alta y no sé si agradablemente sorprendidos, de la presencia allí del privado, del consejero, del íntimo amigo de D. Porfirio Díaz.

Entonces fué cuando fuimos informados de que todo habia terminado por Oaxaca y que el caudillo de la revolucion habia tenido que salir huyendo para el extranjero, despues de haber sido asesinado su hermano D. Félix y de haberse destruido todos sus elementos.

Uno tras otro se habian sucedido los desastres sobre aquel foco revolucionario, que era nuestra principal esperanza, y hoy no habia mas fuerzas organizadas que las nuestras y las que pudiera traer consigo Gerónimo Treviño. Galvan y otros jefes jaliscienses que andaban pronunciados no podían alcanzar grandes progresos y apenas sostenian la chispa revolucionaria con grandes trabajos. Pudiera ser que en Sonora y Sinaloa nuestros amigos hubieran hecho algo, pero la verdad de todo era que no habia mas fuerzas militantes organizadas que las nuestras.

Benítez se quedó con Donato Guerra y nosotros formando la vanguardia de nuestro Ejército salimos de Zacatecas por el camino que va á S. Luis Potosi. El enemigo que estaba en aquella plaza no podia dudar de cuales eran nuestras intenciones.

Aquella funesta noticia de haber concluido todos los elementos de Oaxaca, que siempre habiamos consi-

derado formidables, y de haber tenido que escapar para el extranjero nuestro caudillo por la persecucion terrible que se le hiciera, dispersándose todos los amigos que de cerca le acompañaban, pudo ser de serias consecuencias en otras circunstancias; pero en aquel momento en que acabábamos de conseguir un triunfo y estábamos en camino de obtener otro mas seguro, no nos hizo toda la impresion que nos hubiera producido á encontrarnos en una situacion menos lisonjera.

¿Se habia ido nuestro caudillo al extranjero? Tanto mejor, así no correria ningun riesgo de caer en poder del enemigo y nosotros le allanariamos sin ese temor el camino para que llegara á la Presidencia. Sentiamos que se hubieran perdido los poderosos elementos de guerra de Oaxaca: no sentiamos que el general Diaz estuviera ausente ni siquiera para darnos la conveniente organizacion, pues allí estaba para eso D. Justo Benítez que debia estar revestido de plenos poderes.

Ya presumiamos que pronto íbamos á ver destacarse enfrente de nosotros esta grave dificultad: ¿quién es el que debe mandar como general en jefe? Allí estaba Donato Guerra que se habia levantado sin contar con nada y que á fuerza de su brazo y sus combinaciones tenia ya mas de tres mil hombres bajo su mando. Allí estaba tambien Pedro Martínez el único jefe en la República que habia tenido la gloria de derrotar á Rocha y que contaba ahora como méritos haberse levantado con un puñado de amigos en Ga-

leana, haber dirigido y llevado á cabo el sitio y ocupacion de la plaza del Saltillo y por fin haber venido á resolver á favor de la revolucion el combate de Mata Pulgas por los auxilios enviados oportunamente, como tambien por la presencia de sus tropas en el momento supremo. Pero allí estaba á la vez Gerónimo Tveviño que era el gobernador de un Estado y el jefe mas popular de la frontera, contando con otros méritos que no podian seguramente ser ofuscados por los de los anteriores.

Pero en fin, este temor lo preveíamos cada cual sin decidírnos á aventurar la menor especie para afrontarlo. Esperábamos que las circunstancias nos lo trajeran al debate y esperábamos ese momento con sobresalto.

El que menos ambicionaba el mando supremo, esto es, el que no lo ambicionaba absolutamente, era el general Pedro Martinez, pues como estábamos juntos constantemente, tenia yo oportunidad de conocer hasta sus pensamientos mas íntimos. No, no queria mandar sino triunfar, y para esto solo exigia que el que mandara en jefe fuera activo y resuelto.

En nuestro camino á Salinas del Peñon Blanco, hacienda que pertenece al Estado de S. Luis Potosi, nos encontramos al general Pradillo, al general Peza, al coronel Carrillo y Albornoz y á otros que venian á buscar un refugio en nuestro Ejército dispersos del que el enemigo habia desbaratado en Oaxaca.

Todas las noticias concurrían á hacernos saber que

se estaba formando un gran cuerpo de ejército en el interior que era el que debia salirnos al encuentro.

—¡A ellos! prorumpimos en esa vez llenos del mayor entusiasmo.